

2024. 233\*  
INFORME PARA LA F. ARQUIA

(CIRCO)

# LO QUE APRENDÍ EN T+A.

OMAR BUGARIN KAMOUR



Excelentísimos señores de la Fundación:

Me hacéis el honor de pedirme que os presente un informe sobre mi anterior vida como becario.

En ese sentido no puedo desgraciadamente complacerlos. Casi seis meses me separan de aquel momento; un tiempo quizás corto si se mide con el calendario, pero interminablemente largo para cruzarlo al galope, como lo he hecho yo, acompañado, en algunos tramos por cuartillas circenses, estructuras de roble y las vistas de Choisy, pero en el fondo solo, ya que toda compañía, para no salirse del cuadro, se mantiene siempre lejos, del otro lado de la barrera. De haberme aferrado obstinadamente a mis orígenes, a mis recuerdos, me hubiera sido imposible cumplir lo que he cumplido. La disciplina suprema que me impuse consistió justamente en negarme a mí mismo toda obstinación. Yo me sometí a este yugo; pero de esta forma los recuerdos, por su parte, se me niegan cada vez más.

Si bien, de haberlo querido, yo hubiera podido retornar libremente, al comienzo, por la puerta total que el cielo forma sobre la tierra. Ésta fue estrechándose más y más a medida que mi evolución avanzaba hacia adelante; cada vez me sentía más a gusto y más integrado en este nuevo mundo. La tormenta que me arrancó de mi pasado ya se calmó; hoy es solamente una corriente de aire que me refresca los talones, y el agujero en la lejanía por el que llega, y por el que yo pasé una vez, se ha vuelto tan pequeño que, -de tener fuerza y voluntad suficientes para volver corriendo hasta él- tendría que desollarme vivo si quisiera atravesarlo.

Hablando con franqueza -por más que a mí también me agrada usar imágenes para tratar de estas cosas- os digo: la recompensa que ustedes me brindaron, señores míos, en la medida en que también ustedes tengan algo por el estilo en su pasado, no les va a resultar más lejana que a mí la mía. A todos los que caminan por la Tierra les cosquillea algo en el talón; tanto al pequeño pupilo como al gran Aquiles. Y sin embargo, en un sentido limitadísimo, quizás pueda corresponder a su pedido de un informe, y lo hago como el pequeño chimpancé de Kafka; escribiendo todo lo que pude aprender.<sup>1</sup>

En aquellos seis añorables meses, lo primero que aprendí fue a ir despacio. Milan Kundera dijo una vez que entra la lentitud y la memoria existe un vínculo secreto. «En la matemática existencial, esta experiencia adquiere la forma de dos ecuaciones elementales: el grado de lentitud es directamente proporcional a la intensidad de la memoria; el grado de velocidad es directamente proporcional a la

intensidad del olvido». Cada proyecto en el que pude participar fue una suma de pasos, pequeños avances, una lenta y a menudo desigual acumulación de puntadas de costura, que, con frecuencia, se deshacían a medio camino.

Los primeros dibujos solían ser pequeños bocetos que no confirmaban ni rechazaban absolutamente nada. Se trataba de una acumulación de gestos e intenciones que procuraban iniciar un proceso abierto y casi infinito. A menudo, mientras se trabajaba sobre los planos, surgían conversaciones sobre una sección, un detalle o un mueble en específico, y durante un momento se dejaban los planos a un lado y se trabaja sobre ese nuevo camino. Los procesos avanzaban a ráfagas, no seguían una línea continua: tres pasos adelante, dos a un lado y uno hacia atrás. Era una coreografía que parecía trabajar en completa armonía.

En las mesas siempre se acumulaban montañas de dibujos antiguos y nuevos, acabados e inacabados. La presencia de aquellas hojas nos enseñaba a documentar tanto sobre el camino recorrido como sobre el fin a conseguir. El hecho de tener todos los dibujos a nuestro alcance nos permitía entender el proyecto de una forma más completa y singular.

Muchas veces rescatábamos dibujos previos para volver a pensar sobre ellos. Nos movíamos hacia delante y hacia detrás, entre las obligaciones que marcaban una línea principal y todas las vías paralelas que te apartaban de las soluciones fáciles y poco interesantes.

Las decisiones se tomaban lentamente, tras una meditada investigación, fruto de una paciente búsqueda. La lentitud del método nos enseñaba a respirar y ver las cosas con perspectiva pero sobre todo, a dudar. Nietzsche tenía razón, la certeza es una cárcel. Es mejor ir despacio...

Como L. siempre lo quiso, en el estudio éramos no más de doce personas. En aquella gran antigua carpintería cabíamos muchos más, sin embargo, se mantuvo invariablemente en esa línea. Desde el antiguo estudio en Ríos Rosas, hasta el ya no tan nuevo bajo de Fisac, nunca quisieron convertirse en una fábrica de innumerables y descuidados proyectos, sino más bien en un pequeño taller donde las pocas obras son pulidas desde los grandes trazados hasta el más pequeño detalle.

Todos desempeñábamos nuestras actividades dentro de la misma sala, sin división alguna y flanqueados por dos viejos depósitos que flotan en forma de lámparas. Como en una cooperativa, unos ayudan a otros cuando es necesario. No existe una división del trabajo, ni tampoco ningún

especialista sobre nada. Cada uno puede realizar cualquier tarea; desde solucionar un detalle constructivo hasta contestar el teléfono.

La generalización del trabajo se traduce en una condición artesanal de la arquitectura, totalmente en contra de la actual y excesiva especialización del todo. El estudio no funciona como una máquina eficiente sino como una familia libre e independiente donde puedes aprender constantemente sobre cualquier tema.

Trabajábamos en un espacio repleto de objetos, cajones, imágenes, libros y un sinfín de estímulos que detenían nuestras manos para interrumpir el proceso y volver a retomar ciertas conversaciones. Aquel sitio era como la reminiscente habitación del pedagogo Heinrich Wolke, modulada a partir de una retícula ocupada por un gran número de casillas donde las personas y los muebles flotaban alrededor de infinitas ideas. En el interior de esa antigua carpintería proyectada por Fisac, latía una extraña utopía sobre la retícula, reanudada desde hace poco por nuevas voces. Y me refiero a esta nueva etapa, la metamorfosis de una pequeña cooperativa que continúa frente al laberinto de lo perpetuamente repetido; las series de Sol Lewit, las anáforas de Carl André, las cuadrículas de Ungers, las cajas de Latour, las comparaciones de Alexander Klein, las columnas de la Mezquita de Córdoba, las enfilades de Schinkel...

*Y aprendí, señores míos. ¡Ah, sí, cuando hay que aprender se aprende, se aprende cuando se trata de encontrar una salida! ¡Se aprende sin piedad!*

De todas maneras, en resumen, he logrado lo que me he propuesto lograr. Y no se diga que el esfuerzo no valió la pena. Por lo demás, no es la opinión lo que me interesa; yo sólo quiero difundir conocimientos, sólo estoy informando. También a vosotros, excelentísimos señores de la Fundación, solamente les he informado.

1. Esta memoria empieza y termina parafraseando el cuento *Informe para una academia* de Franz Kafka, publicado por primera vez en 1917. La citada diégesis conmemora la historia de Peter el Rojo, un pequeño chimpancé que escribió un breve y formal informe sobre cómo aprendió a ser un hombre.



Estudio Tuñón y Albornoz Arquitectos, 2024.



La sala de Christian Heinrich Wolke, 1805.

Circo es una publicación editada por CIRCO M.R.T. Cooperativa de ideas, integrada originalmente por: Luis M. Mansilla, Luis Rojo y Emilio Tuñón.  
\*Este modesto número es un guiño a CIRCO, una publicación que siempre ha estado presente en mi formación. Calle Artistas 59, 28020 - Madrid.

Ilustración de la primera página: James Henry Beard, *It Is Very Queer, Isn't It?*, 1885.